

MARCELA ARQUEROS VALER
Università Cattolica di Milano

Influencia de algunos textos bíblicos
en el concepto de amor de Claudio Rodríguez

El hombre bíblico y el amor

No es difícil percibir la presencia y resonancia de la Biblia en el concepto de amor en algunos de los poemas de Claudio Rodríguez. Desde los primeros versos se advierte la influencia bíblica, que paulatinamente se ha sedimentado en la cultura española popular y alta. La Biblia es el gran libro que recoge el atormentado e interminable camino de un pueblo que, a lo largo de los siglos, ha interpretado la totalidad de la experiencia humana iluminada por la presencia de un ser personal llamado Yhaveh. A este ser personal el pueblo le atribuye todos los sentimientos humanos en su expresión excelsa –divina– y en forma especial el sentimiento del amor. El autor bíblico parte siempre de su experiencia humana de amor, del amor fuerte del rey-padre del pueblo, que lucha al lado de éste para liberarlo del enemigo, del amor tierno de la madre, que protege en sus brazos a su débil criatura, del amor apasionado del amante, que brinda alegría y gozo a su amada. Al mismo tiempo en la Biblia se encuentran atribuidos a Dios todos los gestos de amor de las múltiples experiencias humanas. Bastaría detenerse en el famoso *midráš*¹ de las primeras páginas de la Génesis para comprobar estas afirmaciones. Dios en primer lugar es el padre tierno

¹ El término *midráš* deriva de la raíz hebrea *drsh*, cuyo significado es el de buscar, preguntar, investigar; aparece ya en la Biblia, aunque sólo dos veces en el Libro segundo de las Crónicas 13, 22 y 24, 27, con el significado de obra escrita. Los Setenta lo traducen como “libro” y “escritura”. Etimológicamente *midráš* sería el libro resultante de un trabajo de búsqueda e investigación.

en la tradición oriental que presenta Adán a su novia virginal, Dios es el amigo devoto que acompaña a Adán en sus paseos por el Edén, Dios es el padre airado que castiga a su hijos desobedientes, Dios es el amante traicionado que jura vengarse de su rival –el demonio– y promete salvar al hombre para volver a establecer con él una alianza de amor. Este tema está siempre presente, desde la primera página hasta la última del libro del Apocalipsis, donde se entabla un apasionado diálogo de amor entre el pueblo salvado, encarnado en la “novia” enamorada que llama suplicante a su Esposo para que se una a ella, y Dios, el Esposo que contesta: “Sí, vengo pronto” (*Apocalipsis* 22,16 ss).

Claudio Rodríguez, su poesía y las influencias bíblicas

La poesía de Claudio Rodríguez es una poesía en movimiento, que se desarrolla en dos sentidos, como los brazos de una cruz. En sentido horizontal, porque su canto se dirige a todos los hombres, que mediante el amor aspiran al encuentro con sus semejantes, como los dos brazos abiertos de Cristo, ensangrentados y clavados en actitud de abrazar a la humanidad. En vertical porque desde la tierra se eleva a Dios, que es amor infinito.

Qué verdad, qué limpia escena
la del amor, que nunca ve en las cosas
la triste realidad de su apariencia (*Sigue marzo*)

Su poesía está imbuida de un hondo sentimiento de religiosidad y de una tensión al infinito, a lo inefable, al total, porque infinito, inefable y total es su tema, el amor. El amor que nace y se irradia en la humanidad, cuyo eco hace menos dura la vida del hombre y cuya influencia hace menos malvada la humanidad.

La labor creativa de Rodríguez es breve y sin embargo original. Los esfuerzos de poeta van encaminados a rehumanizar la poesía. El lector puede captar que, junto a la original apelación esté-

tica del poeta, se une una intensa apelación ética, un mensaje de solidaridad que trasciende la mera intención política.

Según Bousoño² la obra poética de Rodríguez no trasluce ninguna influencia de los poetas contemporáneos, el mismo poeta confesó que por el tiempo en que compuso *Don de la Ebriedad*, exceptuando a los clásicos y a los simbolistas franceses, en especial a Rimbaud, desconocía a los poetas contemporáneos hispánicos.

Rodríguez, la cultura popular y la literatura mística española

En la poesía de Rodríguez confluyen dos caminos: el primero es el de la cultura popular impregnada del espíritu religioso cristiano, que echa sus raíces en la Biblia y que se manifiesta mediante la devoción popular y las representaciones icónicas y litúrgicas de la historia sagrada. El segundo camino se remonta hacia la poesía mística, en especial a la de San Juan de la Cruz,³ que se ha alimentado abundantemente de las imágenes y símbolos bíblicos. De San Juan de la Cruz Rodríguez aprende el difícil arte de la contemplación:

El soñar es sencillo, pero no el contemplar. (*Sin Adiós*)

que es el camino espiritual para descubrir y amar a todas las criaturas, y a su vez, descubrir a Dios en ellas; comprende que fundamento y origen de la convivencia humana es la caridad⁴, entendida

² Carlos Bousoño, *Prólogo a Claudio Rodríguez, Poesía 1953-1966*, Barcelona, Plaza & Janés, 1971, pp. 11-26.

³ Según Rodríguez, "ebriedad es un estado de entusiasmo, en el sentido platónico, de inspiración, de raptó de éxtasis, o en la terminología cristiana, de fervor". Es decir para el poeta se confunden los conceptos de misticismo con afectividad, ya que muchas veces se ve el núcleo de la experiencia mística en los llamados fenómenos místicos, en las visiones y los éxtasis.

⁴ Es San Juan de la Cruz quien fundamenta más profundamente la experiencia mística y la ordena teológicamente a la fe, la esperanza y fundamental-

como amor solidario hacia todos los hombres y hacia Dios a través del amor por sus criaturas.

En realidad la influencia del misticismo aparece no sólo en la producción poética sino además en el camino interior del poeta, que pasa del silencio a la palabra. El silencio es el estado anterior a la creación poética, el poeta cierra la boca pero sus ojos están abiertos —está extático en el acto más sublime de su poesía: la contemplación⁶.

Ciertamente los textos bíblicos que más se transparentan y que probablemente hayan contribuido a enriquecer su obra son algunos libros poéticos y sapienciales del Antiguo Testamento, como así también algunos pasajes del Nuevo Testamento. Señalar los abundantes vestigios bíblicos haría correr ríos de tinta, por lo tanto, me limitaré a algunas variaciones sobre el tema del amor en su poesía.

El amor y los símbolos bíblicos

El concepto de amor en Rodríguez necesariamente pasa a través de los grandes símbolos de la humanidad —agua, vida, luz— presentes en la experiencia poética de todos los pueblos, y en especial de Israel, pueblo que es autor y actor de la Biblia.

El agua: el amor que purifica y da la vida

La inmersión en las aguas es un símbolo religioso primario cuya finalidad era limpiar al hombre para que éste compareciera ante Dios. En el bautismo cristiano el agua lava y purifica de los pecados cometidos contra los hombres, criaturas de Dios, y por

mente a la caridad, desarrollo y perfección de la vida cristiana de la gracia.

⁶ Durante la Edad Media, la teología consideraba que el fin de la mística era la contemplación de Dios y de los misterios de la fe, entonces se empleaba la mayoría de las veces el término *contemplatio* para designar la mística.

ende contra Dios. Sólo una vez que el hombre se ha purificado puede volver a establecer una relación armónica de amor con sus congéneres, consigo mismo y fundamentalmente con Dios. Sin embargo, el agua santa es símbolo también de la vida: a través del bautismo el hombre muere al pecado y resucita a una nueva vida⁶.

Rodríguez en el poema *A mi ropa tendida* alude a algo tan doméstico como la colada y la traduce en un elemento trascendentalizador: en esta metáfora la camisa/ropa sucia se transmuta en el alma manchada por el pecado y el agua del río, a su vez, se transmuta en el amor que purifica y le da nueva vida.

Me la están refregando, alguien la aclara.
¡Yo que desde aquel día
la eché a lo sucio para siempre, para
ya no lavarla más, y me servía!

A través de la metáfora de la camisa sucia el poeta presenta la promesa de salvación del hombre. La camisa sucia ya no hay que tirarla porque Alguien lleno de amor la coge, la refriega y la aclara en las aguas del río:

Fue en el río, seguro, en aquel río
Donde se lava todo, bajo el puente

Al sumergir la camisa/alma en las aguas corrientes del río éstas sepultan la suciedad/pecado⁷. El alma se purifica y el hombre se transforma así en la imagen del lienzo blanco con que se viste al niño en la ceremonia del bautismo para simbolizar la pureza de su alma después del lavado bautismal.

⁶ Epístola a los Romanos 6, 1-4.

⁷ El poder purificador de las aguas corrientes del río está presente en muchas tradiciones religiosas. El agua corriente se lleva los pecados y despoja al bautizado del "hombre viejo", es decir de la naturaleza viciosa que engendra la maldad. (A.G. Martimort, *La iglesia en oración*, Barcelona, Herder 1965, pp. 580).

El poeta continúa describiendo esta colada divina. Sabe que dos son los elementos de la colada, el agua y el jabón, pero introduce un nuevo elemento: la lejía. Ya no se trata sólo de quitar la suciedad de la ropa sino también de hacer que ésta recupere su candor original:

¿Qué lejía inmortal, y qué perdida
jabonadura vuelve, qué blancura?

La lejía adquiere un valor trascendental: es la gracia y el amor de Dios que blanquea el alma humana dejándola inmaculada. En los últimos versos, el lector percibe la alegría del poeta: el hombre viejo ha muerto al pecado para renacer a la vida; el poeta no cabe en sí de gozo pensando que la camisa le estará hasta más justa y el pueblo dirá: “¡He aquí un nuevo hombre, porque el amor le ha cambiado la vida!”.

Mañana todo el pueblo por las calles
y la conocerán, y dirán: “Ésta
es su camisa, aquella, la que era
sólo un remiendo y ya no le servía.
¿Qué es este amor? ¿Quién es su lavandera?

El último verso encierra el mensaje evangélico de la salvación: hay un Dios-lavandera que a través del agua-amor salva al hombre.

Rodríguez, en otras ocasiones, consciente de su condición de hombre impuro reiterará el tema del agua purificadora del río como un rito previo para participar en la fiesta de los hombres:

¡Hoy no hay escuela!, ¡Al río!,
a lavarse primero,
que hay que estar limpios cuando llegue la hora (*El baile de Águedas*)

La luz: el amor que ilumina y da sabiduría

La luz es otra de las recurrencias en la tradición bíblica: en el Antiguo Testamento, especialmente en algunos salmos, y en los libros sapienciales, aparece una rica simbólica de la luz, muchas veces encarnada en la luz del sol, principalmente en la luz del alba. La luz es símbolo de la presencia de Dios, de su voluntad que se manifiesta a los ojos de los hombres, es el germen de la vida, pero también es símbolo de la belleza y de lo sublime. La luz es la fuerza que expulsa el caos de la creación:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz (*Génesis 1,1*)

En los textos poéticos y sapienciales del Antiguo Testamento, en cambio la luz es el símbolo de la sabiduría que ilumina los ojos y las mentes de los hombres:

Los preceptos de Yahveh son rectos,
gozo del corazón;
claro el mandamiento de Yahveh,
luz de los ojos (*Salmo 19,9*)

La luz es la palabra —que se transforma en sabiduría— que guía los pasos del hombre justo en su recorrido existencial. En muchísimos textos luz y palabra se identifican y se complementan recíprocamente: la palabra ilumina y la luz desvela el misterio de la vida humana:

Para mis pies antorcha es tu palabra,
luz para mi sendero (*Salmo 119,105*)

La luz también representa la ley, la justicia de Dios que pondrá orden en la convivencia humana así como puso orden en lo

creado luchando contra las tinieblas. La vida humana se desarrolla en el escenario del mundo como una continua lucha entre luz y tinieblas. Pero en esta lucha el pueblo no está solo, tiene confianza en la presencia de la ley-luz de Dios. Dice el profeta Isaías en un momento de gran desazón cuando los enemigos invaden la tierra de Israel:

Préstame atención pueblo mío,
mi nación, escúchame;
que una instrucción saldrá de mí,
y juicio mío para luz de las naciones. (*Isaías 51,4*)

El simbolismo de la luz encuentra su punto culminante en los escritos de San Juan Evangelista en los que se llama a Dios luz que no conoce tinieblas⁸:

En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios. Y la palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron (*Evangelio según San Juan, Prólogo 1, 1-5*)

En el prólogo del Evangelio se puede constatar que la palabra de Dios, es Dios mismo, es la vida, y en cuanto vida, luz de los hombres. La luz-palabra se hace carne en Jesucristo que es la manifestación del amor de Dios hacia los hombres. La luz, es por tanto la expresión del amor en sentido vertical como se señalaba con respecto a la poesía de Rodríguez, es decir del amor de Dios hacia los hombres. También para el poeta existe una estrecha relación entre el concepto de luz y de palabra que acompaña al hombre en su vida:

Siempre la claridad viene del cielo;
es un don: no se haya entre las cosas

⁸ J. Ratzinger, 1966.

sino muy por encima, y las ocupa
 haciendo de ello vida y labor propias.
 Así amanece el día; así la noche
 cierra el gran aposento de sus sombras
 (*Don de la Ebriedad libro I vv. 1-6*)

Para Rodríguez la luz es fuente de vida, porque es palabra, y palabra es poesía:

Esta luz cobre, la que más me ayuda
 en tareas de amor y de sosiego,
 me saca fuerzas de flaqueza.
 [...] A esta luz yo quiero,
 de tan cárdeno, cobre. Luz que toma
 cuerpo en mí, tiempo en mí, luz que es mi vida
 porque me da la vida: lo que pido
 para mi amor y para mi sosiego (*Una luz*)

En otras ocasiones la luz da paso al alba. El alba y la mañana traen consigo las primeras luces del día, son la esperanza que pone fin a la noche, y también a las pesadillas y a los miedos del poeta.

[...]. Luz que pide, tenue y tierna, pero
 venturosa, porque ama. Casi a medio
 camino entre la noche y la mañana,
 cuando todo me acoge, cuando hasta
 mi corazón me es muy amigo, ¿cómo
 puedo dudar, no bendecir el alba
 si aún en mi cuerpo hay juventud y hay
 en mis labios amor? (*Amanecida*)

También en Rodríguez el concepto de luz se asocia a justicia. Es luz para los pueblos porque les trae la justicia, al mismo tiempo que ilumina la vida de los hombres. El poeta aspira a una justicia social, que trae aparejada una existencia íntegra y plena para todos los hombres. Es decir Solidaridad.

Desmantele

tu luz nuestra injusticia y nos la ponga al aire, y la descarne,
y la sacuda, y la haga pegajosa
como esta tierra, y que nos demos cuenta
de que está aquí, a dos pasos. (*Noche en el barrio*)

La flor símbolo de la fugacidad de la vida del hombre

Otra de las metáforas para ilustrar el amor en su desarrollo que deriva de los textos bíblicos se refiere a la flor, en su acepción de vida, de belleza y de fugacidad. Rodríguez centra su atención en la condición temporal humana, en el problema de la fugacidad de la vida del hombre. En este sentido, en su poesía se evidencian continuas y fuertes influencias bíblicas.

Tú los sumerges en un sueño,
a la mañana serán como hierba que brota;
por la mañana brota y florece,
por la tarde se amustia y se seca. (*Salmo 90, 5-6*)

Toda la historia de la humanidad y de la literatura está encadenada a una dimensión intrínseca y espontánea del hombre. El drama de estar limitado, circundado, de alguna manera prisionero de una frontera. La frontera de la muerte. De esta verdad nace su impotencia y su incapacidad de dominar el mundo que lo rodea y la vida con sus acontecimientos.

Rodríguez se siente desnudo y desvalido frente a este no sentido de la vida, a la pobreza de la existencia, a esta prisión que lo aplasta y lo comprime. Y baraja dos alternativas: rebelarse o resignarse. ¿Rebelarse como Prometeo para conquistar el cielo y desquiciar la morada de los Dioses?, o ¿resignarse y acoger con serenidad su camino por la tierra?, ¿aceptar su fragilidad de ser como una hierba, un extranjero, un triste peregrino que añora la patria perdida, el calor de un hogar que ya nunca más verá?

Y no hay manera de salvar la vida.
Y no hay manera de ir donde no hay nadie. (*Nocturno de la casa ida*)

[...] Recuerda
nuestras andanzas de oro,
tú recuerda, recuerda
la fugaz alegría
de los hombres, su fiesta
tan pobre en días y tan rica en tiempo. (*Incidente en los Jerónimos*)

Rodríguez elige la segunda alternativa, la resignación frente a la fugacidad de la vida. Comprende que desesperarse es fácil, lo difícil está en el esperar. Esperar con la cabeza gacha, incluso cuando ya no se vislumbra un rayo de esperanza. El poeta no se rebela porque la rebelión implica rabia y la rabia es sinónimo de mezquindad, de pobreza de espíritu. De este desamparo nace la fe, esa fe que es por una parte rebeldía y por otra esperanza.

El poeta tal como la semilla que al brotar sube a la superficie en busca de la luz, inicia el camino hacia la esperanza: hacia el camino de la entrega, del donarse. La única salvación para el hombre es el amor fraterno y genuino, amor que es sinónimo de entrega y de nobleza de ánimo. Y así para Rodríguez el amor humano se convierte a su vez en el paradigma para hablar del amor de Dios por los hombres y de la respuesta humana al Dios que es amor:

[...] La flor vive tan bella
porque vive poco tiempo
y, sin embargo, cómo se da, unánime,
dejando de ser flor y convirtiéndose
en ímpetu de entrega. (*Don de la Ebriedad, libro I, IX*)

Soy vuestro. Sois también vosotros míos
Cómo aumentan las rosas

su juventud al entregarse. ¡Abríos
a todo! El heno estalla en primavera
el pino da salud con su olor fuerte. (*A la respiración en la
llanura*)

Los versos del salmo 133 y los de Rodríguez revelan que el sentido de la vida del hombre es la entrega a través del amor, salmista y poeta cantan a la belleza de estar juntos, de ser amigos, cuando entre los hombres corre un dulce, delicado y tenue hilo, el del amor recíproco.

[...] Qué abra la mañana
con vosotros su luz a la que entrego
todo lo mío, todo lo vuestro, todo lo que hermana. (*A las
estrellas*)

¡Oh qué bueno, qué dulce
habitar los hermanos todos juntos! (*Salmo 133, 1*)

Rodríguez, poeta evangélico

El amor es el motivo fundamental de todo el mensaje bíblico. Y si bien, hasta hace poco se consideraba la religión del Antiguo Testamento como la religión del temor y de la distancia entre los hombres y Dios, a través del contenido teológico de los textos bíblicos se va delineando con claridad que, directa o indirectamente, todos ellos proclaman con insistencia el amor hacia los hombres. En el Antiguo Testamento este amor aparece como razón última, si bien escondida, de la historia del mundo y gran promesa; en el Nuevo Testamento, como realización manifiesta en la palabra de Dios que hace de todo una nueva creación.

En Rodríguez se trasluce claramente la visión del nuevo Testamento, es decir, el hombre se salva por amor, pero este amor exige, a su vez, la entrega incondicional a Dios y al prójimo, y el poeta realiza este proyecto de amor en su obra mediante la acumulación

horizontal de términos, símbolos y sobre todo de emociones. La exuberancia que encontramos en su poesía, las descripciones de lo cotidiano, los desarrollos ramificados son por tanto expresiones de un desafío a expresar lo inexpresable, lo inefable.

Para Rodríguez es necesario alejar la desventura del hombre acercándose a Dios, supremo confort de los hombres. En Dios, el poeta quiere encontrar un amigo que no lo traicione y su poesía es la oración que le permite llegar a El. Rodríguez se pregunta cómo resolver el drama de la vida del hombre: ¿cómo romper esa soledad? Y su respuesta es, comunicarse con los demás a través de un sentimiento. El amor.

Bibliografía

- Claudio Rodríguez, *Desde mis poemas*, Madrid, Cátedra, 1999.11
- Claudio Rodríguez, *Casi una leyenda*, Barcelona, Tusquets, 1993.
- Riccardo Pacifici, *Midrashim*, Milano, Marietti, 1986.
- Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1975.
- Francisco Rico, *Historia crítica de la Literatura Española. Claudio Rodríguez, o la inventiva creadora, Época contemporánea: 1939-1980*, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 290-293.
- Gianfranco Ravasi, *Cantico dei Cantici*, Milano Edizioni Paoline, 1987.
- J. Ratzinger, *Conceptos Fundamentales de la Teología, Luz*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1966, pp. 561-572.
- F. Wulf, *Conceptos Fundamentales de la Teología, Mística*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1966, pp. 94-107.
- L. Morali, *Dio è Amore*, Roma, Queriniana, 1954.
- Robert, A. Feuiellet, *Introduction a la Bible*, Tournai, Desclée & Cie, 1959, pp.586-594; 655-666.
- Bousoño, Carlos, *La poesía de Claudio Rodríguez, Prólogo a Poesía*, Barcelona, Plaza y Janés, 1971.
- A. G. Martimort, *La Iglesia en oración*, Barcelona, Herder, 1965.